

LOS PARTIDOS CONSERVADORES DE IBEROAMERICA

LAS generaciones hispanoamericanas de este siglo, al considerar el continente a que pertenecen, relacionándolo con los pueblos más avanzados de la civilización contemporánea, lo encuentran disminuído bajo un signo de atraso. Tal es el general concepto externo, y los propios interesados, con criterio frío y objetivo, no pueden negar que está fundado. La centuria larga de vida independiente, con su anejo raudal de infortunios y perturbaciones, sino común de todos, no alcanzó la plenitud de dicha pública prevista en los augurios iniciales.

La extensión territorial que abarca el fenómeno y el tiempo transcurrido le dan la generalidad y la perspectiva histórica suficientes para estudiarlo como un caso destacado en la evolución de los pueblos. El examen de las causas que pueden haberlo engendrado adquiere interés de primera categoría.

Cuando el individuo anhela conocer las circunstancias de su vivir en el universo ha de volver los ojos a la nación de que se encuentra como ciudadano. La postura del hombre ante la historia no es igual para el americano que para los esclavos de Asia, Europa o el Africa aladaña a la cuenca del Mediterráneo. Sobre la mayor parte de éstos gravita, con la inextricable pesadumbre de sus influjos herenciales, larguísima serie de siglos, desde los tiempos prehistóricos. Emigraciones legendarias, florecimiento indígena, conquistas y sometimientos, cruces innumerables, esplendores y decadencia, el inmenso acervo actuó en la formación del hombre contemporáneo, determinando raza, carácter, lengua, idiosincrasia y civilización. Los filósofos de la cultura tratan de discernir los caracteres persistentes, diferenciándolos de los extinguidos, según leyes de agotamiento y

transmisión no precisadas todavía. En esta tarea ingente se agota la perspicacia de los historiadores.

Para el iberoamericano, el problema tiene otra dimensión. El origen de la población humana en aquel continente apenas va en camino de esclarecerse. El estudio de las civilizaciones completamente autóctonas cuando el descubrimiento, completado hasta lo posible y, por lo menos, al extremo de lo suficiente, muestra un hecho definitivo, y es que ellas fueron sustituidas de modo radical por la que llevaron los conquistadores. El uso actual de las lenguas aborígenes y la persistencia de algunas costumbres y hábitos, no infirma el aserto, porque esos idiomas y tales modos de vida perduraron únicamente en cuanto no pugnaban, sino, por el contrario, se sometían y acomodaban al concepto de vida que llegó a las playas americanas con las naves de Colón.

Lo llevaron los hombres del Renacimiento español. Trátase de uno de los tipos de cultura mejor conocidos, porque la trayectoria de su formación ha podido seguirse sin hiatos y estudiarse bajo todos aspectos. Ofrece rasgos peculiares que le singularizan y destacan. Su robustez como instrumento de acción creadora y su prodigiosa capacidad de dominio sobre el medio circundante le hicieron idóneo para cumplir el mayor empeño de la historia: la conquista de América.

Las civilizaciones aborígenes perdieron todo papel activo. Por grandes que pudieran haber sido los pasos de su desarrollo, habida cuenta del total aislamiento en que crecieron, eran por todo extremo insignificantes frente a la cultura grecolatina que llegaba a las tierras desconocidas. La religión allí estaba mancillada con sacrificios humanos en cultos monstruosos. Las costumbres eran bárbaras, la industria rudimentaria, nulos los conocimientos científicos. No habían descubierto la rueda, ni el alfabeto propiamente tal, porque sus inscripciones no pasaron de señales o signos nemotécnicos, sin organización sistemática.

Frente a deficiencias tamañas apareció el hombre del Renacimiento español, sólido y completo poseedor de la mejor cultura de su tiempo. No es de extrañar, por tanto, que las rudimentarias estructuras sociales americanas se esfumaran ante aquel hábito poderoso, no conservándose la influencia indígena

sino en forma pasiva, según los grados de maleabilidad o de rechazo con que los pueblos indios recibían la impronta del nuevo cuño.

Para el iberoamericano actual, el problema de los orígenes de su cultura aparece de sencillez esquemática: lo aborigen como el metal fresco y nuevo para la acuñación; el sello fué el Renacimiento con sus rasgos y relieves hispánicos, integradores de un tipo de civilización, inconfundible con otro alguno en la historia.

Poco más de tres siglos duró la dominación ibérica en tierras del nuevo continente. Durante este lapso, si el signo político fué constante, estuvo lejos de serlo el espíritu que lo inspiraba.

Esta trasmutación del sentido integrador del imperio español tuvo caracteres que alcanzaban los extremos de la contradicción entre el aliento que le dió vida y el que le sostenía precariamente a vísperas de su disolución. Cambio tan radical puede sintetizarse en dos actitudes de la corte en los iniciales y en los últimos tiempos. Isabel la Católica dictó la pragmática admirable, según la cual los indios eran vasallos libres de la corona de Castilla. Ese fué el espíritu con que el imperio fué construído. En la corte de Carlos IV se pensaba que el saber leer era un lujo y regodeo sin el cual bien podían pasarse los súbditos americanos. Se había llegado a esa antítesis opresiva y destructora de la magnanimidad de sus principios. Al signo de igualdad para mejorar y civilizar, se sustituyó el de distinguir y diferenciar entre nacidos para la servidumbre y privilegiados para el mando. Una autoridad despótica y centralista pesaba ahora sobre las cervices que mucho antes habían recibido los estímulos fecundos de la más alta cultura que por entonces disfrutaba el género humano.

Semejante cambio fué fatal para el imperio español, porque dió nacimiento a fuerzas centrífugas de destrucción y despedazamiento. La gigantesca estructura —la construcción más duradera de la época moderna— fué atacada desde fuera con pertinacia inspirada por envidias e implacables celos de contrapuesto predominio, que utilizaba la «leyenda negra» como artillería pesada contra la fortaleza. Pero el secreto íntimo de su

ruina estuvo en el cambio y desfiguración de su alma, triste origen de su debilidad interna, clave de su derrota.

El hombre español había heredado de la Edad Media una forma política de vida superior a las entonces existentes en todo el mundo en cuanto garantías a las personas y franquicias municipales. La libertad y los albores de la democracia lucieron primero en España que en Inglaterra. La carta de León, de principios del siglo XI, precedió a la carta magna inglesa, y ya concedía a las ciudades jurisdicción administrativa y judicial, reconocía el derecho hereditario del siervo a la tierra que cultivaba y la plena libertad de cambiar de señor. En torno de los fueros de regiones y ciudades, defendidos tan empeñosamente, prosperaba un altivo espíritu de civismo y regulaciones jurídicas, en que se complacía el genio individualista de la raza.

Los conquistadores que pasaron el mar llevaron el fervor por los fueros regionales, en cuya defensa y goce se había empleado su juventud, indemnes todavía por entonces de las disminuciones impuestas luego por la dinastía austríaca. El mayor anhelo de aquellos hombres intrépidos era fundar una ciudad. El hecho constituía un acto esencialmente jurídico, celebrado con la solemnidad posible, a nombre del rey, con acta pasada ante notario y suscrita por los fundadores. No se hacía por ostentación, sino porque, según la experiencia del español corriente, al concepto de ciudad eran inherentes derechos y prerrogativas de que no sabían vivir desprovistos.

La igualdad de las almas ante Dios daba a la dignidad de la persona humana prerrogativas y derechos más sólidos y trascendentales que cuantos se derivan de otras teorías. La perfecta impregnación cristiana del alma popular daba a la vida social un elevado tono de dignidad y de justicia. *El Comendador de Ocaña*, *El Alcalde de Zalamea* y las firmes voces de *Fuenteovejuna* muestran a la posteridad las reacciones de hombres dignos ante los desacatos a sus personas.

La monarquía española, creadora del imperio, tenía una estructura reciamente teológica, según la cual el uso del poder debía consagrarse a realizar en la tierra el reino de Dios y su justicia. Con esta fórmula se comprendía cuanto la imaginación y la experiencia del hombre alcanzan a percibir como elemen-

tos constituyentes del bien común, supremo fin del Estado. Cualquier desvío era considerado como abuso que afectaba el vínculo de obediencia. En materia grave, la sujeción quedaba rota. El tirano no debía ser obedecido. Los teólogos españoles hicieron por la dignidad del hombre y por su libertad labor incomparablemente más fecunda y efectiva de cuanto realizaron después los ideólogos revolucionarios.

El concepto inicial profundamente cristiano, de servicio y respeto al pueblo, por reyes estrictos dispensadores de justicia, a quienes se hacía ver que su grande preeminencia se acompañaba de responsabilidad igualmente grande, es creación del genio español, si no exclusiva como tipo, sí engrandecida como realización en el ejemplo heroico de los Reyes Católicos. Es una figura moral de imponderable grandeza ese inmenso poder ligado por ataduras invisibles, pero tan poderosas y eficaces que hacen doblar las frentes del rey y del vasallo ante una potestad para la que ambos son iguales.

A esa grandeza moral correspondió la grandeza material de aquel imperio que seguía al sol en su giro. Contingencias históricas hicieron que el espíritu fuese cambiando. De fuera vino, con otra garantía, un concepto del poder, cesarista y absolutista, que no era español. Las nobles libertades municipales y la altiva prestancia de los fueros quedaron reemplazadas por un centralismo ceñudo y burocrático, por ordenaciones generales, rígidas e implacables, que marchitaron la admirable variedad de los pueblos peninsulares. El despotismo ilustrado mal disimulaba, bajo la capa de ilustración, su esencia tiránica, tan contraria al carácter popular de la raza.

Espíritu tan distinto del inicial se infiltró a todos los extremos del vasto imperio. Las gentes del nuevo orden echaron en olvido el magnánimo concepto de igualdad entre americanos y peninsulares con que se inició la conquista hasta llegar a los excesos intolerables de diferenciación, que Camilo Torres recogió en su famoso *Memorial de agravios*. La acumulación de medidas arbitrarias dictadas por la moda extranjera del filosofismo, la coerción económica de todo el continente de ultramar, agudizada por la práctica de un centralismo adusto e inexorable, alteraron las condiciones de vida del mundo co-

lonial en tal forma que las secciones que lo componían hubieron de pensar en independizarse, si habían de continuar siendo españolas.

Del modo como el «despotismo ilustrado» llegó de Francia a España, aniquilador de los principios filosóficos y morales que protegían la dignidad humana en un Estado fuerte para realizar el bien común, también llegó de allí la reacción encargada de destruirlo. Acontecimientos históricos harto sabidos crearon aquella confusión inextricable, en que la metrópoli y las colonias se apresuraron a pelear contra el poder intruso que la invasión quiso imponer; pero aquella lucha ya no ocurrió apoyada en el espíritu primitivo, fecundo, creador y cohesionador, de raíz hispánica, sino en otro de divergencia y dispersión, estimulante de novedades, embriagado de utopías, con el prometedor atractivo de lo exótico y de brillante presentación, que en las lejanas colonias, sorprendidas por la abdicación de Bayona, tuvieron largo eco: las ideas libertarias de la Revolución francesa.

Iniciada la independencia de la América española al finalizar el segundo lustro del siglo XIX, quedó terminada con el quinto. Transcurrió otro todavía iluminado por el resplandor de la gesta emancipadora, durante el cual bullían y empezaban a manifestarse fermentos anárquicos. El asesinato de Sucre, el crimen político más nefando de la historia del continente, marca la fecha inicial de la aciaga propensión a la violencia de las tendencias liberales, que decretaron la inmolación de aquel immaculado padre de la patria y se aprovecharon de ella.

El espantoso horror de ese delito señala la margen del vórtice que se abrió para los pueblos de la América española con la independencia recién conquistada. Notificaba su existencia en la vida pública una tendencia política que, a trueque de realizar sus ambiciones de dominación, no se detenía ante la vida más pura ni los méritos más sobresalientes. El Mariscal de Ayacucho tiene la dimensión excepcional del hombre a quien ninguna tacha pudieron oponer jamás sus enemigos ni sus émulos. Que un hombre tal haya podido ser sacrificado por espíritu de partido, según consignas de juntas sectarias, des-

cubrió la calidad atroz que habían de tener en el continente las luchas políticas.

El hallarse frente al abismo no fué una sorpresa para los directores de la emancipación. Mucho antes de que terminara la guerra de independencia Bolívar decía ante el Congreso de Angostura, en el documento profético que no puede releerse sin nueva admiración: «La libertad indefinida, la democracia absoluta, son los escollos a donde han ido a estrellarse todas las empresas republicanas... Angeles, no hombres, pueden únicamente existir libres, tranquilos y dichosos, ejerciendo toda la potestad soberana».

El afrancesamiento fué un signo de desventura para el imperio español, cuando existía, y siguió siéndolo luego para las porciones en que quedó disgregado. Había sido francés el vientito traído por el absolutismo centralista, que hizo intolerable la tensión entre criollos y peninsulares. También de Francia salió luego el huracán revolucionario dominante en la época de fundación de las nuevas repúblicas, de ingrato influjo en sus destinos.

Una especie de determinante histórica del momento, para no llamarla fatalidad, hizo imposible en Hispanoamérica toda concepción de derecho público interno distinta de la forma electiva. El ensayo se hizo en terreno que carecía de barreras de contención y motivos inhibitorios para los excesos. Presentóse un impetuoso desbordamiento hacia la demagogia en los pensamientos y en los hechos, parejo con una laxitud en la integridad ciudadana, que aceptaba intrigas, cohechos, fraudes. El espectáculo fué desconcertante y abrumador. Refiriéndose a él decía Bolívar: «Si fuese posible que una parte del mundo volviera al caos primitivo, éste sería el último período de América».

Las opiniones del fundador de cinco de las repúblicas americanas, que al mismo tiempo es el más profundo pensador político de ese continente, tienen un valor sin igual, porque nadie tuvo un conocimiento más cabal de aquellos pueblos, nadie tampoco vió tan de cerca las reacciones iniciales de su vida civil, ni sufrió en carne viva los golpes de la contienda comenzada. Su descontento fué temprano. En 1822, antes del triunfo

definitivo, decía: «No veremos nosotros, ni la generación que nos siga, el triunfo de la América que fundamos». Y en otra ocasión agregaba: «No hay buena fe en América, ni entre los hombres, ni entre las naciones. Sus Tratados son papeles; sus Constituciones, libros; las elecciones, combates; la libertad, anarquía, y la vida, un tormento».

Cerrada en 1830 la primera etapa de la vida independiente, empieza una nueva que treinta años más tarde había de llegar al paroxismo, cuando se generaliza la emancipación de los esclavos y cubre todo el siglo XIX con interminables discordias. Desde los albores de la independencia empezaron a diseñarse los dos grandes grupos en que había de dividirse el pensamiento político de las poblaciones emancipadas. De un lado, quienes arrastrados por el viento dominante creían que la libertad por sí sola tenía una virtud taumatúrgica infalible para el logro de todas las aspiraciones sociales, modo de pensar incubado en el ambiente falso y sentimentalista de la bondad natural del hombre. Del otro, los hombres de pensamiento reflexivo, que, desconfiando de estas ideologías románticas, desdibujaban unos supuestos no probados por ninguna experiencia, y creían más bien que es ley fundamental de la vida que ningún organismo logra adecuado desarrollo ni plenitud de formas de existencia si no sigue fielmente las leyes de su naturaleza.

La experiencia y la filosofía descubren en la naturaleza de las sociedades humanas unos principios de justicia, unos derechos inalienables de las personas componentes y unos modos de ser y actuar de éstas, que se conservan inmutables, sin excepción alguna, a lo largo de la historia. Estos modos de ser pueden considerarse bajo dos aspectos: el intelectual y el moral. La inteligencia no está distribuida en porciones exactas entre los hombres. La bondad natural del ser humano es un tópico de sensiblería literaria, sin fundamentos en la realidad, porque no ha habido momento alguno en que todos los individuos de la especie reaccionen idénticamente del lado de esa equidad fundamental grabada en cada conciencia. La sabiduría descubre, inherentes a la naturaleza de la sociedad, dos jerarquías: la intelectual y la ética. El individuo que reúna caracteres des-

tacados en la una y la otra es tipo óptimo del género humano.

De observación igualmente objetiva es que dichas jerarquías tienen una vasta gradación de matices, que van, para la una, desde el genio hasta el idiota, y para la otra, desde el santo hasta el criminal nato. Entre tales extremos se comprende la innumerable variedad de individuos que integran una sociedad civil.

Si esta sociedad ha de manifestarse plenamente en el logro eficaz de los fines que la motivan debe actuar de acuerdo con las leyes evidentes de su naturaleza. Si sus jerarquías naturales se deshacen o se modifican y perturban, la resultante es el caos, la ineficacia y el trastorno.

La política, en su alto sentido, es la más noble, pero también la más ardua tarea de la inteligencia. Alcanzar el bienestar común es la meta excelsa de la ética social. No hay progreso nacional sólido y digno si no se integra en la armonía de la inteligencia esclarecida y la conciencia impregnada en las eternas nociones de la justicia. Las dos exigencias muestran que la naturaleza de la sociedad reclama para su buen gobierno la presencia y el reconocimiento de las dos jerarquías: la intelectual y la moral. El mayor éxito político es obra de los más aptos y mejores.

Estas ideas, de validez incontrastable, formaron el núcleo del pensamiento político de los partidos conservadores en la América hispana. A través de su vida Bolívar persiguió, con incansable y sabia preocupación, el predominio, en las sociedades nacientes, del «poder moral», protector de la justicia, baluarte contra los extravíos de la libertad y freno de las inconsideradas demasías y quimeras de los ideólogos. Su alto sentido de responsabilidad histórica de la obra que realizaba le llevó a proponer fórmulas constitucionales concretas, como dique ante el torrente de ilusiones y utopías surgidas en la mente de los criollos emancipados.

Gravísimo problema era organizar toda una familia de Estados en época en que prácticamente el Derecho internacional moderno no existía. Los recuerdos de las antigüedades griegas y romanas acudían a los espíritus; mas no podía dejar de pensarse, con viva y justa zozobra, si instituciones de tiempos tan

remotos, de costumbres tan por entero diferentes, no serían locura y quimera aplicadas a aquellos pueblos recién nacidos, sin tradiciones de gobierno propio. El ambiente estaba sobresaturado con el ideario disperso sobre el mundo por la Revolución francesa; y ante los ojos aparecía como modelo inmediato la Constitución de los Estados Unidos de Norteamérica, recientemente redactada. Características raciales, impresiones geográficas, costumbres arraigadas en una tradición de tres siglos, determinantes geográficos, todo era distinto en las antiguas colonias inglesas y las españolas, en aquel punto en trance de constituirse.

Los talentos eminentes que aparecieron como iniciadores del pensamiento conservador en los distintos países suramericanos, percibían que la copia de la Constitución norteamericana era de utilidad muy incierta. En buena parte de ellos se hicieron, con ingenuo entusiasmo, ensayos de federación, con inmediatos resultados desastrosos. La debilidad de los organismos nacionales se acentuaba con la atomización de las potestades supremas, la multiplicación de Congresos y Constituciones y el inevitable choque de organismos y legislaciones diferentes. No se había consultado Códigos que enseñaran la ciencia práctica del gobierno, sino ensayos y divagaciones de ideólogos, que especulaban sobre imaginarias repúblicas aéreas, donde la sola libertad como panacea había de lograr la perfección del linaje humano. Filósofos locuaces, sin experiencia, acaloraban las mentes, imponían una legislación desalumbrada, atadura de los gobiernos con cadenas dialécticas y sofisticas. El liberalismo, que nacía con tales voceros, en la teoría, asordaba el continente con declamaciones de libertad, igualdad y fraternidad; pero en la práctica, a cubierto del frenesí por el emblema revolucionario de Francia, hizo correr a los Estados, a pasos agigantados, hacia la demagogia, el jacobinismo y una anarquía endémica, tiznada de sangrientas y terribles violencias.

La anarquía es la destrucción de las naciones. Para no morir han de curarse de ella. La acción de las tendencias liberales iberoamericanas fué el pertinaz socavamiento de las dos jerarquías atrás nombradas, débiles ya para eliminar por sí solas la hidra de mil cabezas. A falta de ellas, los pueblos americanos

debieron de buscar su salvación de la anarquía en la autocracia. Por eso la anarquía y militarismo fueron las formas alternadas de su desarrollo político. Es imposible no ver allí el signo y la clave de su atraso.

Las desdichadas apelaciones a la autocracia se distinguen en Suramérica porque no son signo exclusivo de los dos partidos contendores. Hubo dictadores y tiranos, que no fueron sino déspotas, sin ideas. Los hubo de procedencia partidaria. También existen egregias figuras de hombres probos y fuertes, que lucharon con heroico denuedo por el orden y la justicia, tan abatidos por el embate enfurecido de la disolvente anarquía, y sobre los cuales se ha acumulado el dictorio de una lucha aún viva. Es un vastísimo mosaico de caracteres complejos imposible de calificar genéricamente sin incurrir en equivocaciones fundamentales. Desde el déspota abominable y sangriento hasta el salvador de su país en momentos de agonía, como Cincinnato, todo se ha visto en las tierras americanas, sin que la inexcusable acción eficaz de mandatarios desinteresados y probos pueda servir de cobijamiento a las demasías de caudillos desenfrenados o caciques tiránicos.

Para darse cuenta del movimiento pendular en que la vida iberoamericana ha transcurrido importa conocer los delirantes extremos a que unas veces por ignorancia de la historia e ingenuidad tonta, y otras por calculada malicia encubridora de recónditos propósitos autocráticos, entre alardes jacobinos y demagógicos, los corifeos políticos impulsaron a las multitudes iberoamericanas. Causa asombro considerar que un gran poeta, Lamartine, cuyo mérito como historiador es exiguo, mientras su valor como pensador político ha de tenerse como nulo, haya podido ser el maestro de las generaciones liberales en Chile y otras democracias del continente, donde se le tenía por un nuevo Moisés, especie de semidiós legislador de quiméricas repúblicas. En Colombia, la utopía liberal se alimentaba en una mala novela, *El Mártir del Gólgota*, de Pérez Escrich, caída hoy en el más justo de los olvidos, mas de tan grotesco influjo por aquel tiempo que una fracción liberal se llamaba «gólgota», por considerar que Cristo era el modelo de los demócratas. En Venezuela, un demagogo, Antonio Leocadio Guiz-

mán, suscitaba la lucha de clases y ofrecía la repartición de las tierras, creando un estado social que explica, como reacción, prolongadas y opresoras dictaduras militares. El desenfreno ideológico de Chile arranca de la libertad, va a la licencia y se precipita en la barbarie hacia 1830. En Bolivia se alternan innumerables revoluciones y predominio de caudillos bárbaros, y el asesinato es el más frecuente fin de los mandatarios, demócratas o tiránicos. Una turbulencia confusa de conspiraciones y guerras civiles, con episodios que en veces lindan con la barbarie, agitó a los pueblos de origen ibero de un extremo a otro del nuevo mundo, cuya causa y raíz profunda siempre se halla en el morbos y desalumbrado entusiasmo por las ideas enciclopedistas, que ponían de lado, con menosprecio, los incommovibles principios del bien público, sólo alcanzable en la sociedad jerarquizada por la virtud y el talento, sustituyéndolos por la utopía de la igualdad para intervenir en la dirección política, con lo que ésta queda al arbitrio de los más, que por naturaleza son los menos inteligentes.

En medio de aquella agitación, el principio de autoridad dominó la evolución del Brasil. La traslación de la corona lusitana a Río de Janeiro hizo normal allí la continuación de la forma monárquica, sin raigambre ni posibilidades en el resto del continente. Tal circunstancia permitió que los progresos fueran definitivos y el orden durable. Los propios espíritus liberales, como José Bonifacio, Feijóo, Pereira de Vasconcellos, a pesar de inicial contagio o de la moda política, se volvieron moderados o conservadores cuando tuvieron responsabilidades directivas. Entre la colonia y la República apareció el breve imperio brasileño como un poder moderador, con lo que aquella nación se vió libre de las tremendas y perturbadoras conmociones de sus hermanas. Uno de sus pensadores más altos, Oliveira Martins, anotó que por haber seguido las salvadoras líneas directrices del pensamiento de Bolívar el Brasil economizó buena parte de los trastornos de otros pueblos.

También en México se intentó poner dique a la anarquía con el principio de gobierno monárquico; pero el fracaso inmediato del efímero imperio de Itúrbide, demostró que el sistema requiere cimentarse sobre valores históricos, sentimientos

tradicionales y hábitos arraigados, y que para fundar una dinastía hacen falta hechos personales de excepción, no bastando la simple excelencia de un jefe militar sobre sus colegas. Cuando tiempo después, también por el deseo de asegurar la solidez y continuidad del régimen político, se quiso proveer a los primeros ciñendo la corona a un príncipe austriaco, el apoyo militar francés con que se hizo no reemplazó la adhesión pública. Al contrario, el príncipe y los soldados extranjeros fueron pesado lastre que malogró el ensayo.

Los notables hombres de estado que formaban el Consejo de ministros de Bolívar, en los gloriosos días de la Gran Colombia, no pudieron esquivar su preocupación ante los brotes de anarquía larvada que amenazaban la grande obra libertadora. García del Río fué el elocuente propugnador del sistema monárquico como el más adecuado para el logro de una estructura firme entre la nebulosa social producida por la independencia. Los ministros y los grandes generales propusieron a Bolívar que se coronase, lo que él declinó con nobles palabras en carta célebre dirigida a uno de éstos: «Ni Colombia es Francia, ni yo Napoleón. Napoleón era grande y único y, además, sumamente ambicioso. Aquí no hay nada de esto. Tampoco quiero imitar a César; menos a Iturbide. Tales ejemplos me parecen indignos de mi gloria. El título de Libertador es superior a todos los que ha recibido el orgullo humano; por lo tanto, es imposible agrandarlo».

Los más altos talentos y los espíritus mejor equilibrados estaban dándose buena cuenta de que la libertad sin el orden era el camino de la disolución, y que la igualdad escueta, tan propicia a las quimeras del romanticismo en política, reflejo de la moda general, desarticulaba la sociedad al desconocer las íntimas leyes de su naturaleza. Andrés Bello, formado en las mejores disciplinas humanísticas y jurídicas, da el robusto cimiento de estabilidad ideológica y es el padre del Derecho civil, el Licurgo de los nuevos pueblos. Sendas iguales, en distintas épocas y regiones, transitaban Alberdi, Cecilio Acosta, Hostos, Lucas Alamán, Rafael Núñez y los pensadores capaces de elevarse a la consideración del porvenir de sus pueblos, por encima de las conveniencias electorales inmediatas de las personas o los grupos.

Diego Portales, con la Constitución conservadora de 1833, contuvo la demagogia, y su mano potente dirigió un gobierno firme, cuyos métodos explican la fuerza de Chile en medio de la anarquía suramericana. Durante quince años afirmó la paz, estimuló la riqueza, protegió la instrucción, creó la marina. Fué el dictador necesario en una república inestable. Dió a su patria triunfos exteriores e internos. Hubiéranse seguido sus directrices y Chile habría alcanzado la grandeza previsible cuando supo dominar los espasmos de la anarquía inicial. Las tendencias liberales fueron socavando esa estructura hasta llegar a extremos de régimen parlamentario, ruinosos de la estabilidad del Estado, mientras las energías nacionales se agotaban en el frívolo ejercicio de constitución y derribo de gabinetes. No se logró la marcha firme y constante de una república que por su organización y seriedad hizo pensar, en cierta época, en una Suiza suramericana.

La necesidad biológica de no perecer en el torbellino de la anarquía favoreció en los otros Estados los más heterogéneos ensayos de regímenes autocráticos. Gaspar Rodríguez de Francia implantó una dictadura cerrada, de perfil inexorable —que comentó Carlyle—, en el Paraguay, pequeño y valeroso país, que había de sentir después las manos duras de Solano López. Oribe, en el Uruguay, se opone a la licencia de la democracia rural y a la libertad sin disciplina. Castilla, en el Perú, se esfuerza por lograr la continuidad de la vida política. El despótico gobierno de Rossa, en la Argentina, domina la anarquía como contrapartida de una autocracia cruel e inexorable. El balance histórico todavía es discutido por los historiadores. Un hombre convencido, sabio y riguroso, García Moreno, sienta las bases del progreso moral y material de El Ecuador. Abundan los autócratas y déspotas, que disfrazan sus tropelías y concupiscencias con violencias jacobinas y persecuciones al sentimiento religioso de los pueblos, pues fué fenómeno repetido que los partidos liberales y los hombres de esa tendencia, en la teoría incansables declamadores de libertades absolutas, en la práctica caían en el poder arbitrario y abusaban de él, sin menoscabo ante sus adeptos, si ante todo lo habían usado en la persecución religiosa. Esto logrado, quedaban libres de ma-

nos para satisfacer codicias y cometer abusos. La parte de la opinión envenenada por las ideas enciclopedistas otorgábales adhesión irrevocable. A esta clase pertenecen autócratas de la índole de Guzmán Blanco, en Venezuela, y hubo abundantes ejemplares análogos.

Se ha escrito que el progreso material en Suramérica es obra de la autocracia. Es una generalización superficial. Puede ser cierto que obras visibles de progreso estén enlazadas con regímenes de fuerza, porque quienes los dirigieron buscaban excusa a sus demasías, con realizaciones ostentosas en lo posible. El hecho histórico es que el progreso está retardado en esa región de la tierra.

La observación es válida en cuanto al progreso simplemente material. Ante una noble concepción de la política y una idea del Estado de filosófica amplitud, el progreso material es imprescindible para el bienestar de los asociados. Pero no es sino una parte, y no la mayor, de la estructura de la patria. Progreso sin justicia y sin el debido reconocimiento de los derechos fundamentales de la persona humana puede ser una esclavitud con cadenas doradas, pero siempre cadenas, depresivas de la dignidad de los hombres. Cuando ésta no se preserva, el progreso material no es sino una apariencia transitoria, sin solidez, que las turbulencias inevitables estancan o deshacen.

Iberoamérica no ha logrado la plena realización de los sueños de los fundadores. Ellos soñaron en la grandeza armónica de las repúblicas nacientes. El progreso jurídico debía alcanzar allí prelación adecuada a la condición de una sociedad compuesta por ciudadanos libres y altivos. Las restantes apelaciones a la violencia sobre el derecho, el fraude que desvirtúa desde las raíces el sistema político, la zozobra de las revoluciones y el estrago de las guerras civiles condenaron a aquel continente a una ebullición atormentada, en medio de la cual las realizaciones de un progreso completo volvíanse imposibles.

Escritores que consideraban el fenómeno de conjunto de aquellos pueblos durante el siglo XIX encontraron que las ideas enciclopedistas fueron el constante fermento de sus inquietudes y perturbaciones. Tales ideas son de tremenda eficacia para la delicuescencia y destrucción, y endebles como animadoras

de una política firme que conduzca a la tranquilidad y prosperidad de los Estados. Son los resultados que en la actualidad pueden verse en su tierra de origen. Sus erróneos principios tienen un atractivo poderoso por la facilidad con que los explota el sentimentalismo político y la abundancia de tópicos ofrecidos por la declamación demagógica. Por esa desastrosa condición estaban llamados a hacer estragos entre aquellos pueblos donde determinantes geográficos y situaciones raciales producen la exacerbación imaginativa de las muchedumbres.

La observación es de suma exactitud en lo concerniente al pasado siglo. No lo es menos en la primera mitad del siglo XX, porque en las heces de los fermentos sociales las viejas causas están vivas. La época presente, desde los finales de la primera guerra mundial, trae el agravante de la acción del virus comunista. La mentalidad funesta de «frente popular», con su inevitable desembocadura en la tiranía oclocrática, encontró arraigo más o menos grande en algunos países, y si en ninguno ha logrado triunfo completo, su actividad en ciertas regiones constituye un foco amenazante para la libertad y la soberanía de repúblicas que no fueron creadas para unirse al yugo de una política extranjera.

En dos grandes campos se divide el pensamiento político en Suramérica. De un lado, los pensadores y directores de opinión de mente libre, ilustrada y realista, conocedores de los caracteres esenciales de la sociedad humana y respetuosos de sus jerarquías naturales en la ordenación y desarrollo de la acción política. Del otro lado, quienes hacen tabla rasa de esas jerarquías eternas e ineludibles, existentes en la naturaleza de los hombres, y poniendo de lado la razón que descubre verdades indudables, la historia con sus enseñanzas ejemplares y la misma experiencia actual con sus admoniciones severas, tienden la vela de sus esquifes a los engañosos vientos de libertades sin freno y de utopías y quimeras que han traído a la humanidad al vórtice de angustia en cuyos bordes se debate. El secreto de la grandeza suramericana está en que la razón prepondere sobre la utopía.

LAUREANO GÓMEZ